



LOS SANTOS PADRES EN EL CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA

MARCELO MERINO

Hace algunos años, el entonces prof. J. Ratzinger escribía: «la gran paradoja que implica la fe se nos agranda al ver que se presenta ante nosotros con la vestimenta del pasado, parece ser el mismo pasado, sus formas de vida y existencia... La fe ya no se considera como una valentía temeraria del hombre, pero valentía, que pide un salto desde nuestro mundo de lo visible al mundo de lo invisible e incomprensible que es al parecer nada; antes bien la vemos como exigencia de obligarnos hoy a lo pasado, de juzgar lo pasado como lo imperecederamente definitivo. Pero ¿quién puede hacer eso en una época en la que, en vez del concepto de *tradición*, se abre paso la idea de *progreso*?»¹. A primera vista parece ser certero el diagnóstico realizado por el profesor germano; máxime en estos días en los que uno puede leer y escuchar desde los mass-media los veredictos más inverosímiles con motivo de la reciente publicación del *Catecismo de la Iglesia Católica*.

De otra parte, no faltan quienes ven en la fe cristiana la idea más abstracta que el intelecto del hombre puede imaginar. Ciertamente, no son pocos los contemporáneos que desean una *desmitologización* severa. Estos son los que no ven en la reciente publicación del *Catecismo* sino un acontecimiento más, sin relieve alguno, dentro de la historia de la Iglesia. «Después vendrán otros catecismos —afirman con indiferencia— que nos harán olvidar el presente».

Esta tendencia del pensamiento humano relativiza un tanto a Dios y al hombre. En efecto, Dios, como ser infinito que es, reviste su encuen-

1. J. RATZINGER, *Introducción al cristianismo*, Salamanca 1982⁵, p. 33s.

tro con el hombre de una serie de características como la permanencia, la solidez, la universalidad, etc. Y de otra parte, el hombre, como finito que es, añade la historicidad, la concreción, el «aquí y ahora» al encuentro con Dios. Por ello podemos hablar de una historia del encuentro divino-humano, que encierra sus raíces en la Encarnación de Dios mismo, convirtiendo este acontecimiento en centro de toda la Historia; con su «antes» y su «después». En definitiva, «quien emprende la consideración de lo histórico en su conjunto, debe asignarle, si no quiere caer en un mito gnóstico, un sujeto general que obre y se manifieste en lo histórico, y que a la vez sea una esencia universal normativa»². Así, pues, la tarea del ser histórico que es el hombre no consiste en otra cosa que dejarse llevar por el sujeto general que se le manifiesta, es decir el Hijo de Dios hecho hombre. Ahora bien, cada vez que el Dios-Hombre actúa, dilata con su universalidad la pequeña estrechez de la historia humana, y convierte el «ayer» no sólo en posibilidad añadida al «hoy», sino que cristaliza la «tradición» en vehículo normativo para el «aquí y ahora». No hay, pues, «hoy» sin «ayer», ni auténtico *progreso* sin *tradición*, ni ésta sin aquél.

De otra parte, el interés teológico de estas páginas viene refrendado en el Prólogo mismo del *Catecismo de la Iglesia Católica*. Concretamente en el párrafo tercero, destinado a señalar el «fin y destinatarios» del nuevo catecismo se puede leer: «Sus fuentes principales (las del propio *Catecismo*) son la Sagrada Escritura, los Santos Padres, la Liturgia y el Magisterio de la Iglesia»³. Tratándose de un documento oficial de la Iglesia Católica destinado a «presentar una exposición orgánica y sintética de los contenidos esenciales y fundamentales de la doctrina católica»⁴, no podría tomar como fuentes sino las señaladas, puesto que todo encuentro de Dios con el hombre, objetivamente considerado, tiene esas citas como obligatorias, pues la Revelación divina, el encuentro de Dios con el hombre gusta decir el nuevo *Catecismo*, se hace historia divino-humana en la Escritura y la Tradición.

2. H. U. VON BALTHASAR, *Teología de la Historia*, Madrid 1992, p.10. Desde el punto de vista del progreso científico, también se ha dicho con certeza: «La ciencia encontró un nacimiento viable dentro de una matriz cultural empapada del firme convencimiento de que la mente es capaz de encontrar en el ámbito de las cosas y de las personas una señalización que conduce a su Creador. Todos los grandes avances de la ciencia se han realizado mediante una epistemología pareja a esa convicción...» (S. L. JAKI, *The road of science and ways to God*, Chicago 1978, p. 7).

3. *Catecismo*, n. 11.

4. *Ibid.*

Por lo que se refiere a las limitaciones de este trabajo, hay que decir que la frase del n. 11 del *Catecismo* nos impone unas coordenadas muy definidas. Con otras palabras, no se abordarán aquí los problemas de la Tradición, entendida en su sentido más amplio, o sea, lo que los manuales de teología denominan *traditio sensu lato*, que abarca por igual a la Sagrada Escritura, a los Santos Padres, a la Liturgia y al Magisterio de la Iglesia. Si el *Catecismo* señala estas formas de transmitir la revelación divina, es porque ve alguna diferencia entre ellas. Por tanto nos fijaremos especialmente en esa forma específica de transmisión que encierra la expresión «Santos Padres». Sólo incidentalmente y con el objetivo de aclarar algunos aspectos, nos detendremos en ese concepto más general del término Tradición.

También deseamos hacer otra precisión. Los Santos Padres pueden ser objeto de estudio desde perspectivas diversas: histórica, literaria y teológica. Nos parece inútil afirmar que estos tres aspectos se encuentran íntimamente relacionados. Es cierto que el historiador, como el filólogo y el teólogo, tiene intereses particulares, pero ninguno de los tres puede prescindir de los descubrimientos de los otros dos. Nuestro punto de mira abarca, pues, las tres perspectivas, y desde ellas hemos pretendido acercarnos a lo que el *Catecismo* nos dice de los Santos Padres y la utilización que de ellos realiza⁵.

Para desenvolvernos con cierta soltura en el desarrollo de estas páginas, conviene aclarar igualmente que la terminología que el *Catecismo* utiliza, puesto que se trata de una obra destinada a servir «como punto de referencia para los catecismos o compendios»⁶ que puedan publicarse más tarde, no es para peritos teólogos, sino para catequetas o divulgadores —en el mejor y más noble sentido de la palabra— de la doctrina católica. Por ello se hace imprescindible que nos detengamos, en primer lugar en este aspecto literario, que como se verá encierra su importancia no sólo para determinar qué entiende el *Catecismo* por «Santos Padres», sino también cómo se debe acudir a ellos. De aquí deriva la división de nuestro trabajo en tres partes. Destinaremos la primera al estudio de la terminología del *Catecismo* referente al tema que nos ocupa; en segundo lugar veremos la utilización que hace de los Padres; y, finalmente, sacaremos algunas breves conclusiones.

5. Sobre la relación de esos tres aspectos en el estudio de los Padres, cfr. A. TRAPE, *I Padri e lo studioso della Teologia*, en «Augustinianum» 19 (1977) 36-55; F. BERGAMELLI, *Il metodo nello studio dei Padri: problemi, orientamenti e prospettive*, en E. DAL COVOLO-A. M. TRIACCA (eds.), *Lo studio dei Padri della Chiesa oggi*, Roma 1991, pp. 19-43.

6. *Catecismo*, n. 11.

I. LA SIGNIFICACIÓN TERMINOLÓGICA

Una primera lectura de las páginas que integran el *Catecismo de la Iglesia Católica* ya advierte que la terminología utilizada para nuestro tema no es, ni mucho menos, uniforme. En efecto, términos como «Tradición» (unas veces con mayúscula y otras no, con calificativos o sin ellos), o «Padres» (con los adjetivos de «santos», «antiguos», «espirituales» o «de la Iglesia»), juntamente con las expresiones «Iglesia de Oriente», «Iglesia de Occidente», etc., expresan de alguna manera una realidad fundamental: el reconocimiento de la historicidad de nuestra existencia como hombres y como creyentes, a la vez que manifiesta el valor de lo permanente en esa misma historicidad. Pero sin duda, la diversidad terminológica expresa igualmente distintos puntos de interés.

1. El enunciado «Tradición de la Iglesia»

Si se desea estudiar el término «Tradición» en el *Catecismo*, una rápida consulta al *Índice temático* del mismo, nos remite a los números 75 y siguientes. El título que encabeza esos números es el siguiente: *La Tradición Apostólica*. Dicho encabezamiento se halla explicitado a su vez mediante los dos subtítulos que comprenden los números 76 al 79: *La predicación apostólica... continuada en la sucesión apostólica*. Parece que los redactores del *Catecismo* quisieran definir el contenido objetivo de la Tradición apostólica mediante el primero de los subtítulos mencionados, y la forma de transmisión de la misma, con el segundo: *continuada en la sucesión apostólica*. Se trata, pues, de dos aspectos distintos de la misma realidad: las verdades que se transmiten y los agentes o vehículos que realizan esa transmisión. Por tanto, atendiendo a la referencia que encontramos en el *Índice* del *Catecismo*, hay que entender el término «Tradición» como sinónimo de «Tradición Apostólica», y esta última se refiere, tanto al contenido como a los sujetos encargados de la transmisión. Es lo que desde hace tiempo se ha llamado *traditio sensu lato*.

A reglón seguido, el *Catecismo* introduce una distinción en la transmisión, «que se hizo de dos maneras: oralmente... y por escrito» (n. 76). Dejando a un lado la transmisión *escrita*, pues excede a nuestros intereses, el *Catecismo*, siguiendo el camino emprendido por la Constitución conciliar *Dei Verbum*, señala que «los apóstoles nombraron como sucesores a los

obispos 'dejándoles su cargo en el magisterio'»⁷. A continuación se añade otra cita conciliar: «la predicación apostólica, expresada de un modo especial en los libros sagrados, se ha de conservar por transmisión continua hasta el fin de los tiempos» (n. 77)⁸. Los dos pasajes citados por el Catecismo únicamente añaden a lo anteriormente dicho que la auténtica transmisión de la predicación apostólica es la que realizan en la Iglesia los obispos, como sucesores legítimos de los apóstoles.

Y continúa afirmando el *Catecismo*: «Esta transmisión viva, llevada a cabo en el Espíritu Santo es llamada Tradición en cuanto distinta de la Sagrada Escritura, aunque estrechamente ligada a ella. Por ella, «la Iglesia con su enseñanza, su vida, su culto, conserva y transmite a todas las edades lo que es y lo que cree» (DV 8). «Las palabras de los Santos Padres atestiguan la presencia viva de esta Tradición, cuyas riquezas van pasando a la práctica y a la vida de la Iglesia que cree y ora» (DV 8)»⁹. Nos encontramos aquí con un sentido más restringido del término «Tradición», por ello nos detenemos en estas dos frases utilizadas en el *Catecismo*.

Una primera reflexión al respecto dice relación a las características definitorias que el *Catecismo* usa para la Tradición. Se trata de una «transmisión viva», «llevada a cabo en el Espíritu Santo», pero «distinta de la Sagrada Escritura», «aunque estrechamente ligada a ella». Estas expresiones merecen un detenimiento por nuestra parte, porque tienen mucho que ver con nuestro discurso. Se trata de discernir lo que el *Catecismo* entiende por Tradición, cuya «presencia viva» es la que atestiguan los Santos Padres.

La observación primera que deseamos hacer abarca tanto a la Escritura como a la Tradición. El *Catecismo* supera la terminología tridentina al no mencionar el término «fuentes» y hablar en cambio de «transmisión» de la divina Revelación. En efecto, la acción de trasladar o transferir se encuentra en mayor consonancia con lo que la Revelación es: el encuentro

7. C. VATICANO II, Const. *Dei Verbum*, n. 7. La redacción del *Catecismo* difiere un tanto de la propuesta en *Dei Verbum*; en ésta se lee *suum ipsorum locum magisterii tradentes* (entregándoles su propio cargo del magisterio). La terminología conciliar es mucho más precisa teológicamente.

8. *Ibid.*, n. 8. También aquí advertimos una diferencia entre el documento conciliar y la redacción del *Catecismo*. Allí, el n. 7 de la *Dei Verbum* habla de la Tradición apostólica en sentido amplio, y el n. 8 se refiere a la *traditio sensu stricto*. El *Catecismo*, sin embargo, menciona las dos citas conciliares en el mismo número: ¿pretende identificarlas? Pensamos que sí, aunque sólo por lo que se refiere al contenido objetivo de ambas.

9. *Catecismo*, n. 78.

personal de Dios con el hombre¹⁰. Por otra parte, el término «fuente» entraña el peligro de entender que tanto la Escritura como la Tradición son el *principio* u *origen* de la Revelación, pues aunque en alguna medida pudieran ser consideradas así, no lo son de forma absoluta¹¹.

Así, pues, tanto la Escritura como la Tradición son los vehículos transmisores de la Revelación. Pero se trata de una transmisión especial «llevada a cabo en el Espíritu Santo»¹². Tanto la Tradición como la Escritura actúan bajo la asistencia del Espíritu Santo. Desde esta perspectiva, la del autor divino, tanto la Tradición como la Escritura son iguales entre sí por lo que se refiere a la fe que se les debe prestar y a la veneración que se les debe tributar¹³. La expresión que ahora comentamos nos dice que tanto la Tradición como la Escritura no son un depósito arqueológico, sino una realidad dinámica y vital. Pero además, si ambas son «llevadas a cabo en el Espíritu Santo», exigen una comprensión *pneumática* y eclesial de lo que transmiten. Siguiendo las enseñanzas del Vaticano II¹⁴, el *Catecismo* confiesa aquí la íntima conexión que existe entre esas tres realidades: Escritura, Tradición e Iglesia. El *Catecismo* lo expresa con la frase «aunque estrechamente ligada a ella». Esta ligazón se refiere no únicamente al contenido (la Palabra de Dios), sino también al origen y al fin de aquellas.

La distinción entre Escritura y Tradición que señala el *Catecismo* no deriva únicamente en la forma de transmitir la Revelación que tienen una y otra. Ciertamente la redacción del n. 78 del *Catecismo* no es clara al respecto, porque puede dar pie a pensar que Escritura y Tradición (ésta entendida *sensu stricto*) se diferencian únicamente por razón de la diversa forma de transmisión, escrita y oral respectivamente. Para aclarar este punto es necesario acudir a la constitución conciliar que ha servido de fuente a los redactores del *Catecismo*.

En efecto, la Constitución *Dei Verbum* es mucho más explícita que el *Catecismo*. Allí se define a la Escritura como *locutio Dei quatenus afflante*

10. Así titula el *Catecismo* el capítulo segundo de la primera parte, donde se marcan los números que estamos comentando.

11. La fuente absoluta sólo es la voluntad divina, que se expresa en Cristo Jesús, Mediador y plenitud de toda la Revelación de Dios (cfr. nn. 65-67).

12. El texto conciliar, de donde toma esa expresión el *Catecismo*, nos parece más explícito: *Haec quae est ab Apostolis Traditio sub assistentia Spiritus Sancti in Ecclesia proficit* (Const. *Dei Verbum*, n. 8.; cfr. C. VATICANO I, Const. dogm., *De fide catholica*, c. 4: Dz. 3020).

13. Cfr. C. DE TRENTO, ses. 4, Decr., *De Canonicis Scripturis* (Dz. 1501).

14. Cfr. Const. *Dei Verbum*, nn. 9ss.

*Spiritu scripto consignatur*¹⁵, mientras que la Sagrada Tradición *verbum Dei, a Christo Domino et a Spiritu Sancto Apostolis concreditum, successoribus eorum integre transmittit, ut illud, praelucente Spiritu veritatis, praeconio suo fideliter servant, exponant atque diffundant*¹⁶. No es nuestra intención detenernos en las diferencias teológicas entre Sagrada Escritura y Tradición, pero sí queremos señalar que aunque ambas tienen al Espíritu Santo como autor, conforme enseña el *Catecismo*, la acción del Espíritu es distinta en la Escritura y en la Tradición. En la primera, el Espíritu es el que inspira o comunica sobrenaturalmente la *locutio Dei* que ha de ponerse por escrito; sin embargo, en la Tradición el Espíritu Santo coadyuva con su Verdad a conservar, exponer y difundir la *Palabra de Dios*. Por tanto, Escritura y Tradición, en sentido estricto, se diferencian también por su origen, que aunque divino, lo es de diverso modo¹⁷.

Pero la acción del Espíritu Santo en la *transmisión viva* encierra otro significado más profundo: la universalidad de esa transmisión. Ciertamente, la intervención del Espíritu de Verdad en la Tradición, en cuanto distinta de la Escritura, no sólo cristaliza en la fisonomía de lo que se entrega («tra-dere»), convirtiéndolo en algo verdadero y permanente, sino que también la eleva a la categoría de universal; es decir, convierte a la Tradición en algo permanentemente válido para *todos* los hombres. De esta manera el Espíritu Santo es el vínculo que une los momentos de la Historia, haciéndolos uno pero distinguibles, y crea la Tradición. El es quien dá consistencia a momentos históricos, diversos entre sí, para formar una Tradición valedora y valedera para toda la Historia¹⁸.

Ciertamente, es el Espíritu Santo el que «determina cómo y hasta qué punto cada momento en cuestión tiene que situarse bajo éste o el otro aspecto que se destaca en la vida del Señor; si ahora toca obrar con el Señor o rezar con él; esconderse con el Señor o ponerse con él ante sus ene-

15. *Ibid.* n. 11.

16. *Ibidem.*

17. Somos conscientes de haber marginado cuestiones teológicas importantes, como por ejemplo la cuestión de la autoridad, tanto de la Escritura como de la Tradición, la importancia fundante de la Escritura «universae theologiae veluti anima», la importancia normativa de la Tradición, el problema de la fórmula *partim-partim* del esquema previo al decreto de Trento, que tantos ríos de tinta ha suscitado, etc. Todos estos problemas exceden ampliamente estas líneas.

18. Son clarificadoras a este respecto unas palabras de Juan Pablo II: «Esta efusión, este don del Espíritu, tiene como fin también la consolidación de la misión de los Apóstoles en el asomarse de la Iglesia a la historia y, por consiguiente, en todo el desarrollo de su misión apostólica» (JUAN PABLO II, *Audiencia general*, 31-V-1989).

migos, dar testimonio con el Señor o callar con él, comer con el Señor o ayunar con él, regocijarse con el Señor o sufrir con él en el abandono del Padre»¹⁹. Es el Espíritu Santo la norma transmisora, y por ello interpretativa, de lo que la Revelación supone: «El Paráclito, el Espíritu Santo, que el Padre enviará en mi nombre, os lo enseñará todo y os recordará todo lo que yo os he dicho» (Jn 14, 26). Con otras palabras, la expresión «llevada a cabo en el Espíritu Santo» quiere decir no sólo que la Tradición consiste en la transmisión de un cuerpo de verdades esencialmente inmutables, cuya *memoria* es el Espíritu Santo, sino que van siendo iluminadas continuamente, puesto que el Espíritu Santo no puede estar ligado a un único momento histórico ni ser completado por interpretación humana alguna. Gracias al Espíritu Santo, la Tradición no sólo recuerda la Verdad sino que permanece y vive en la Verdad recibida. Es al Espíritu a quien corresponde la tarea de hacer accesibles las verdades siempre antiguas y siempre nuevas de la Revelación divina, y el lugar donde aquéllas y éstas se encuentran: la Iglesia.

Se puede distinguir, pues, otro aspecto del término «Tradición», si nos atenemos a lo que el *Catecismo* enseña: «Por ella (la Tradición *sensu stricto*), 'la Iglesia con su enseñanza, su vida, su culto, conserva y transmite a todas las edades lo que es y lo que cree' (DV 8)»²⁰. Pensamos que los redactores del *Catecismo*, con la frase que toman de la *Dei Verbum*, n. 8., se refieren al contenido objetivo de la Tradición. Realmente, el contexto inmediato de las palabras de la Constitución conciliar se refieren a que la Tradición²¹ «encierra todo lo necesario para que el pueblo de Dios viva santamente, aumente su fe, y de esta forma, la Iglesia con su enseñanza, etc.»²². Desde esta perspectiva, la Tradición, *sensu stricto*, posee una sede propia donde tiene lugar y una dimensión dinámica y viva²³ como es la de la Iglesia. El *Catecismo* identifica la Tradición a la vida misma de la Iglesia, a sus usos y costumbres sobre el culto e intercesión de los santos, o de los sufragios por los difuntos, o del bautismo de los niños, por ejemplo.

19. H. U. VON BALTHASAR, *o. c.*, p. 96.

20. *Catecismo*, n. 78.

21. El texto del C. Vaticano II habla de *traditiones*, en plural, para distinguirlas de la Tradición, en el sentido amplio del que hemos hablado anteriormente.

22. C. VATICANO II, Const. *Dei Verbum*, n. 8.

23. Los redactores del *Catecismo* utilizan la expresión «Tradición viva» en repetidas ocasiones: cfr. nn. 113, 289. Pero también emplean dicha expresión con minúscula: cfr. nn. 2663, 2672, 2683s., 2693, 2690; todos estos números corresponden a la última parte del *Catecismo*. Hay que anotar que en ningún documento del último concilio vaticano encontramos esta expresión, aunque sí otras equivalentes como «presencia viva de la Tradición», etc.

Desde esta perspectiva, la Tradición, diferente a la Escritura²⁴, comprende el *sentir* eclesial: el *sentire cum Ecclesia* y el *sentire Ecclesiae*. Una verdad, o aspecto de ella, no será nunca parte de la Tradición si la Iglesia, con todos sus miembros, organismos y funciones, no la considera como tal. En este sentido la Iglesia es el recipiente elegido por Dios para contener su Palabra. Pero, desde un punto de vista positivo hay que decir que la vida de la Iglesia es precisamente vida, es decir, que su misión no es únicamente explicitar lo implícito en la Revelación divina, porque lo explícito incluye la idea de acabamiento, término o perfección, y lo implícito arguye algún conocimiento aunque no manifestado. La Tradición de la Iglesia, como vida que es, supone un crecimiento de su capacidad de *recibir*, no *nuevas* verdades que puedan contradecir a las *antiguas*, sino las distintas vertientes de la Unica Verdad que, en diversos momentos de la historia, la acción del Espíritu Santo puede descubrir a la misma Iglesia. Es decir, «la Iglesia, en el decurso de los siglos, *tiende constantemente a la plenitud de la verdad divina*, hasta que en ella se cumplan las palabras de Dios»²⁵.

Ahora bien, continúa diciendo el *Catecismo*, «las palabras de los Santos Padres atestiguan la presencia viva de esa Tradición, cuyas riquezas van pasando a la práctica y a la vida de la Iglesia que cree y ora»²⁶. Se hace pues necesario un detenimiento en los «Santos Padres», que constituye el apartado que ahora nos va a ocupar.

2. La expresión «Santos Padres»

El *Catecismo* cita en tres lugares las palabras «Santos Padres»²⁷. Cada uno de estos pasajes nos presenta, como veremos, algún aspecto que desamos resaltar. Pero hay que decir en primera línea que, como nos ocurría con los conceptos estudiados anterioremente, tampoco aquí la

24. No se olvide que el *Catecismo* se refiere a la «traditio sensu stricto».

25. C. VATICANO II, Const. *Dei Verbum*, n. 8. Las palabras en cursiva son nuestras. Juan Pablo II comenta estas ideas así: «De este modo el *Espíritu de la verdad* continuamente anuncia los acontecimientos futuros; continuamente muestra a la humanidad este futuro de Dios, que está por encima y fuera de todo futuro 'temporal'; y así llena de valor eterno el futuro del mundo. Así el Espíritu convence al hombre, haciéndole entender que, con todo lo que es, y tiene, y hace, está llamado por Dios en Cristo a la salvación» (*Audiencia general*, 17-V-1989).

26. *Catecismo*, n. 78; cfr. C. VATICANO II, Const. *Dei Verbum*, n. 8.

27. Las dos primeras ya han sido señalizadas en estas páginas al referirnos a los nn. 11 y 78; el tercer pasaje se encuentra en el n. 1557.

terminología es uniforme. En efecto, muchas expresiones utilizadas en el *Catecismo* significan la misma realidad o hacen referencia a ella. Por ejemplo, la misma palabra «Padres» (sin el calificativo «santos»), o «Padres de la Iglesia», «Padres antiguos», e incluso expresiones como «fuentes patrísticas» o «comentarios patrísticos», y otras más generales como «tradiciones armenia, copta, siríaca», etc. significan la misma realidad, desde algún punto de vista diferente que ahora nos corresponde descubrir.

Una primera idea se hace presente. Esta terminología plural, manifestada en la redacción misma del *Catecismo*, habla de la importancia que encierra esa realidad para poder abarcarla en un sólo término. En efecto, los «Santos Padres» constituyen una fuente distinta, es decir con autonomía propia, diversa de aquellas otras que señala el *Catecismo*, para presentar una «exposición orgánica y sintética de los contenidos esenciales y fundamentales de la doctrina católica»²⁸. De esta manera, el *Catecismo* sintoniza plenamente con el sentir de la Iglesia, que siempre ha recomendado la lectura y el estudio de los Santos Padres²⁹.

Además esta fuente constituye una auténtica disciplina dentro del *corpus* teológico, ya que el *Catecismo* la parangona con la Escritura, la Liturgia y el Magisterio de la Iglesia, como se hace constar en el n. 11 del *Catecismo*. En este sentido el *Catecismo*, aunque no explicita los términos *teología patrística* y *patrología*, sí que se sirve de ambas disciplinas, aunque con otras palabras. Por ejemplo, en el número 8 se hace una clara referencia «a la gran época de los Padres de la Iglesia... cuyas obras catequéticas siguen siendo modelos». En efecto, con esta referencia se hace alusión directa a esa disciplina teológica que estudia los aspectos formales de los escritos de los Santos Padres, que desde el siglo XVI, por obra del teólogo protestante Juan Gerhard, se ha venido en llamar *Patrología*³⁰. Mientras que el número 11 hace referencia a la *Patrística*, como fuente teológica, puesto que es equiparada a otras disciplinas con objeto específicamente teológico.

28. *Catecismo*, n. 11.

29. Cfr. C. VATICANO II, Decr. *Optatam totius*, n. 16; CONGREGACIÓN PARA LA EDUCACIÓN CATÓLICA, *Ratio fundamentalis institutionis sacerdotalis*, nn. 74 ss.; JUAN PABLO II, Carta Apost. *Patres Ecclesiae*, del 2 de enero de 1980; CONGREGACIÓN PARA LA EDUCACIÓN CATÓLICA, *Instructio de Patrum Ecclesiae studio in Sacerdotali Institutione*, del 30 de noviembre de 1989; etc.

30. Desde hace tiempo los estudiosos distinguen la *Patrología* de la *Patrística*. Mientras que la primera se ocupaba de los autores del antiguo cristianismo y de sus obras literarias, la *Patrística* se ocupa de la materia de la que tratan los escritos de esos autores, como la misma etimología del término indica.

En realidad, los Santos Padres compusieron fórmulas de fe, *regulae fidei*, que resumían la doctrina de los Apóstoles, para todos los tiempos, los suyos y los posteriores³¹. Además de guardar en fórmulas breves el *depositum fidei*, lo expusieron de forma que no sólo respondían acertadamente a los desafíos doctrinales de los herejes y a los culturales de la sociedad greco-romana que les tocó vivir, sino que se convirtieron en los primeros teólogos y catequetas de la Iglesia. En este sentido, nos parece que es como hay que entender la alusión de los nn. 8 y 11 del *Catecismo*. No extraña, por consiguiente que se acuda a los Santos Padres como fuente interesada, no sólo en razón de los contenidos sino también metodológica, en el momento actual de hacer realidad la tarea del *intellectus fidei*.

Los Santos Padres, además de transmitir fielmente los contenidos de la revelación divina mediante unos determinados géneros literarios, entregan a la Iglesia su propio ejemplo de cómo creer. Así, podemos decir que no sólo son meros transmisores de unas verdades, permítasenos decir, teóricas, sino que nos transmiten su propia experiencia del encuentro con la Verdad personal que es Dios mismo. Su propia vida, en la mayoría de los casos, es el espejo en el que hay que mirarse ante el hallazgo y la defensa que hay que hacer de ese encuentro «irrepetible continuamente» entre Dios y el hombre. Esto es lo que pretende decir el *Catecismo* cuando manifiesta: «Las palabras de los Santos Padres atestiguan la presencia viva de esta Tradición, cuyas riquezas van pasando a la práctica y a la vida de la Iglesia que cree y ora»³². Su enseñanza no sólo ilumina el misterio de la Palabra Encarnada, sino que también brilla con nuevas luces el misterio del hombre mismo; su riqueza agranda aquella capacidad que la Iglesia posee hasta que alcance la plenitud de la Verdad. Pero esta añadidura no es como la donación que se hace a un museo, cuyo valor es medido por las riquezas culturales que encierra. Ni la Iglesia consiste en eso, ni la doctrina teológica de los Santos Padres es de laboratorio. El *Catecismo* afirma que son «fuente», «cuyas palabras atestiguan la presencia viva» de la Tradición, es decir del Espíritu Santo.

Los Santos Padres son una fuente más³³, no un mero instrumento. Por eso en el *Catecismo* las citas que se hacen a los Santos Padres no son

31. Como tendremos oportunidad de exponer más adelante, llama la atención que el uso que el *Catecismo* hace de los Santos Padres sea mucho más extenso en la primera parte, la dedicada a la explicación de las verdades de fe, que en las otras partes.

32. *Catecismo*, n. 78; cfr. C. VATICANO II, Const. *Dei Verbum*, n. 8.

33. Bajo este aspecto, el *Catecismo* no hace sino continuar la línea marcada por la Instrucción de la Congregación para la Educación Católica, *Instructio de Patrum*

meras referencias o pretextos. Así el lector del *Catecismo* advierte que las alusiones patrísticas no se reducen a ser meros instrumentos doctrinales en función de unas determinadas formulaciones teológicas previamente establecidas y que los textos patrísticos vienen a confirmar o a demostrar. Muy al contrario, el *Catecismo* reconoce a los Santos Padres como una *fuerza* de la que manan elementos doctrinales para la Iglesia, sobre los cuales no hay posibilidad de contradicción alguna, máxime cuando se da un consentimiento general de todos ellos en un punto determinado³⁴.

Desde esta óptica, la frase utilizada en el n. 78 del *Catecismo*, puede presentar otras ideas. Nos referimos a que la expresión «las palabras de los Santos Padres atestiguan...» está redactada en la forma verbal de presente. En efecto, el *Catecismo*, continuando la estela marcada por el Vaticano II, considera los escritos de los Santos Padres abiertos a nuevas perspectivas de interpretación³⁵. Es decir, los Santos Padres son considerados fundamentalmente como difusores de la doctrina apostólica, no como meros guardianes de formulaciones teológicas o costumbres eclesiales. En verdad, aunque esta sea también una tarea de la patrística, parece que el *Catecismo* quiere expresar que no es la única ni la más importante de esta disciplina teológica. Incluso puede decirse que el *Catecismo* se refiere a los Padres no sólo como docentes de la Teología, sino como auténticos investigadores de esa disciplina; o sea, como auténticos teólogos³⁶.

Ecclesiae studio in Sacerdotali Institutione, AAS 82 (1990) 607-636, especialmente el n. 50, que habla de la autonomía de la Patrística como disciplina, con método y objetivos propios, en la enseñanza de la Teología.

34. Llama la atención, que esta característica del *sentimiento unánime* de los Padres, sea explícito en un sólo lugar del *Catecismo*. En efecto, únicamente se menciona en el n. 1114; en realidad se trata de una referencia al decreto tridentino *De sacramentis* (Dz. 1600). Incluso la redacción castellana que seguimos habla de *sentimiento*, término cuyo significado difiere del que utiliza el concilio de Trento: *consentimiento*, que es el acuñado por la Teología.

35. La interpretación teológica sobre los Padres depende en no pocas ocasiones de una rigurosa preparación filológica, literaria, histórica, teológica, etc. y en la medida que estas ciencias progresan, necesariamente avanza la ciencia Patrística. Cfr. A. DI BERARDINO, *Tendenze attuali negli studi patristici*, en *Complementi interdisciplinari di patrologia*, Roma 1989, pp. 25-70.

36. A este respecto, cfr. P. VISENTIN, *I Padri come fonte della teologia*, en «Seminarium» 21 (1969) 166-185. «La teología nació de la actividad exegética de los Padres, *in medio Ecclesiae*, y especialmente en las asambleas litúrgicas, en contacto con las necesidades espirituales del Pueblo de Dios» (CONGREGACIÓN PARA LA EDUCACIÓN CATÓLICA, *Instructio de Patrum Ecclesiae studio in Sacerdotali Institutione*, n. 27).

Finalmente, la frase que el *Catecismo* toma de la constitución conciliar *Dei Verbum*, dice que son «las palabras de los Santos Padres» las que atestiguan la verdadera Tradición. Esto quiere decir, a nuestro entender, que prima la *Patrística* sobre la *Patrología*³⁷, es decir que lo que es objeto de interés en el estudio de los Padres son sus escritos, sus obras, no cualquier otra circunstancia biográfica o de otra índole³⁸. Además, desde hace tiempo los teólogos han precisado las notas que caracterizan a un Padre de la Iglesia³⁹; pues bien, parece que el *Catecismo* prima la ortodoxia de doctrina; aunque por el uso que hace de ellos, como veremos posteriormente, no es absolutamente indispensable que esa ortodoxia sea manifiesta en todos los puntos doctrinales que ellos exponen y durante toda su vida⁴⁰.

Otro pasaje del *Catecismo* en el que encontramos la expresión «Santos Padres» se halla en la parte destinada a la exposición de la celebración del misterio cristiano; concretamente en el apartado referente a la ordenación episcopal, como plenitud del sacramento del Orden. En efecto, allí podemos leer: «De hecho se le llama, tanto en la liturgia como en los Santos Padres, 'sumo sacerdocio' o 'cumbre del ministerio sagrado'»⁴¹.

Se trata de una cita más del Concilio Vaticano II que el *Catecismo* hace suya⁴². Aquí, los Santos Padres son aludidos para testificar una realidad de la vida de la Iglesia encerrada en las palabras «sumo sacerdocio» y «cumbre del ministerio», y son igualmente citados a la par que la Liturgia, vida pública de la Iglesia misma⁴³. Es decir, los Santos Padres son citados no sólo como testigos cualificados de una verdad doctrinal, sino también y sobre todo como miembros distinguidos de la vida de la Iglesia misma.

37. Anteriormente hemos anotado la diferencia que existe entre ambas ciencias, cfr. nota 30.

38. Sobre el particular es interesante constatar que Tertuliano es considerado Padre de la Iglesia. En efecto, podemos leer en el *Catecismo*: «... Los Padres de la Iglesia presentan este sacramento [de la penitencia] como «la segunda tabla (de salvación) después del naufragio que es la pérdida de la gracia» (Tertuliano, paen. 4, 2)» (n. 1446). Es conocido que los años últimos de este autor africano discurrieron por caminos heterodoxos.

39. Como se recordará estas notas característica son cuatro: rectitud doctrinal, santidad de vida, aprobación de la Iglesia y antigüedad.

40. El *Catecismo*, por ejemplo, cita a San Justino y San Ireneo, que, como se sabe eran partidarios de un cierto milenarismo; incluso el mismo San Agustín difundió dudosas opiniones sobre el origen del alma.

41. *Catecismo*, n. 1557.

42. Cfr. C. VATICANO II, Const. *Lumen Gentium*, n. 21.

43. Para esta relación, cfr. A. M. TRIACCA, *Liturgia e Padri della Chiesa: ruoli reciproci (Attualità di un «aggiornamento»)*, en «*Seminarium*» 30 (1990) 508-530.

Desde este punto de vista, el adjetivo que mejor les cuadra es el de «santos»; es decir, son los que mejor han sabido vivir la vida —valga la redundancia— de la Iglesia. Es más, ellos constituyen la vida misma de la Iglesia; son Iglesia porque la hacen manifestándola con su propia vida. Ellos fueron los primeros en realizar el programa teológico del «credo ut intelligam» y del «intelligo ut credam».

Así, pues, el testimonio de los Padres no se limita a introducir en la vida de la Iglesia nuevos términos o conceptos, sino que penetran en el alma misma de la fe y de la vida de la Iglesia. Por eso su intuición teológica, estando avalada por el sentido vivido del misterio, ha sabido contemplar en la experiencia misma de las cosas divinas. Como hombres imbuidos de piedad, llenos de una fe fuerte y humilde, los Santos Padres fueron capaces de ver lo divino que encerraba cada momento de su vida. Por ello supieron encontrar fórmulas nuevas, expresiones no bíblicas, para manifestar la doctrina de la Revelación divina.

II. EL USO DE LOS SANTOS PADRES EN EL CATECISMO

Hasta el momento hemos puesto nuestras preferencias en señalar qué es lo que enseña el *Catecismo* al emplear algunos términos característicos. Se ha podido constatar, en efecto, que la alusión a los Santos Padres no es meramente histórica, sino que encierra una perspectiva teológica más amplia y profunda. Los Padres, en el vasto campo de la Tradición viva, ocupan un lugar del todo especial que les hace diferentes respecto de otros protagonistas de la historia de la Iglesia; ellos fueron espectadores vivos de su nacimiento y de sus primeros pasos en el camino de la historia humana. Los Santos Padres, en efecto, son los que dibujaron los primeros trazos de la vida de la Iglesia, con sus contenidos doctrinales y métodos teológicos que permanecen válidos para todos los tiempos. Pero, ¿cómo se sirve el *Catecismo* de estos protagonistas primeros de la Iglesia? ¿A cuáles cita? ¿Cómo y cuándo?

1. *Una visión general*

Como hemos podido advertir, la terminología que utiliza el *Catecismo* respecto al tema de nuestro discurso es muy amplia. Por eso, al comenzar este apartado, es necesaria una precisión: nos hemos fijado únicamente en los nombres propios o personajes del primer milenio de la Historia de

la Iglesia que menciona el *Catecismo*⁴⁴. De esta manera dejamos para una posterior circunstancia otras reflexiones sobre los Símbolos, Concilios y otras manifestaciones de la Iglesia antigua.

Una segunda advertencia nos parece de interés. En efecto, el texto del *Catecismo* puede dividirse en tres grupos distintos, conforme se indica en su Prólogo. De una parte, encontramos los Resúmenes, «que tienen como finalidad ofrecer sugerencias para fórmulas sintéticas y memorizables en la catequesis de cada lugar»⁴⁵. Otra clase de texto es el que expresa el contenido normal del *Catecismo*. Y, finalmente, la letra pequeña, que es utilizada por los redactores para expresar «puntualizaciones de tipo histórico, apológico o de exposiciones doctrinales complementarias»⁴⁶.

Conforme a lo dicho podría elaborarse el siguiente cuadro sinóptico:

	PARTE I	PARTE II	PARTE III	PARTE IV	TOTALES
directa	9	0	2	2	13
RESUMEN					15
indirecta	1	1	0	0	2
directa	49	32	20	14	115
NORMAL					151
indirecta	20	10	3	3	36
directa	61	28	52	40	181
PUNTUAL					209
indirecta	19	2	5	2	28
TOTAL	159	73	82	61	375

Cada una de las columnas representan las partes correspondientes del *Catecismo* en el que se encuentran las referencias a los Padres⁴⁷. En las

44. La única excepción que hacemos es la concerniente a aquellos nombres, citados en el *Catecismo*, que no son tenidos como autores eclesiásticos en sentido riguroso, como Apolinar de Laodicea, por poner algún ejemplo. Como puede observarse hemos ampliado conscientemente el periodo denominado patristico, que suele cerrarse en Occidente con la muerte de San Isidoro, y con la de San Juan Damasceno en Oriente. Lo cierto es que esta ampliación, en el caso que nos ocupa, no reviste ninguna significación de relevancia especial.

45. *Catecismo*, n. 22.

46. *Ibid.*, n. 19.

47. Por lo que hemos dicho en el anterior apartado de nuestro trabajo, pensamos que el *Catecismo* no se refiere, generalmente, a la definición *estricta* de Padre

líneas horizontales estas indicadas las veces en que aparecen citas patrísticas en cada uno de los tres textos en que el *Catecismo* se encuentra tipografiado; es decir, resúmenes, texto normal y letra pequeña o puntualizaciones. En cada uno de estos tres apartados últimos se indican también las referencias tanto directas como indirectas a que alude el *Catecismo*. Finalmente, señalamos el número total de veces que son citados los Padres.

Una primera característica a señalar se refiere a la abundancia de alusiones patrísticas que el *Catecismo* hace⁴⁸. Ello denota la importancia de este dato meramente estadístico. Pero el interés teológico adquiere mayor relevancia cuando se detecta que las referencias directas (13 + 115 + 181 = 309) son cuatro veces más que las indirectas (2 + 36 + 28), que suman un total de 66. Ello demuestra que el *Catecismo* valora en muy mucho el testimonio patrístico como fuente teológica para la transmisión de la doctrina de la Iglesia. Se podría objetar, es verdad, que muchas de las referencias directas aluden, en no pocos lugares, tan sólo a unas pequeñas expresiones, e incluso términos, de los Padres. Pero esta no es toda la verdad, pues en las puntualizaciones, el *Catecismo* recoge amplias citas de los textos patrísticos.

De otra parte, no se puede pedir más en una obra destinada a «presentar una exposición orgánica y sintética de los contenidos esenciales»⁴⁹ de la doctrina católica. Si comparamos este *Catecismo*, por ejemplo, con otra obra de parecidas características como es el *Catecismo Romano*, emanado del Concilio de Trento, hay que decir que el del Vaticano II le supera, por lo que a nuestro aspecto concierne, no sólo en cantidad sino también en calidad como veremos más adelante. Es decir, el nuevo *Catecismo* hace referencia muchas más veces a los Padres de la Iglesia que aquel otro; y además, hace alusión de autores que el de Trento ni siquiera menciona⁵⁰.

Si nos atenemos a las cuatro partes en que se encuentra dividido el *Catecismo*, se puede observar también la desproporción existente entre la cantidad de veces que son citados los Padres en la primera parte respecto

de la Iglesia, como puede constatar, por ejemplo, en el n. 749 del *Catecismo*, donde se aplica el término Padre a san Hipólito, o el ya mencionado n. 1446, que hace referencia explícita de Tertuliano.

48. Desde este punto de vista cuantitativo, el *Catecismo* supera en citas patrísticas a los documentos conciliares del Vaticano II, que sólo citan 255 lugares patrísticos.

49. *Catecismo*, n. 11.

50. Hemos tenido la oportunidad de colaborar en el trabajo crítico del *Catecismo Romano*, editado por P. RODRÍGUEZ (dir.), *Catechismus Romanus*, LAV-EUNSA, Roma—Pamplona 1989, y esta es nuestra impresión.

de las otras. ¿Se deberá a los distintos criterios emanados por los redactores de cada una de esas partes? Pensamos que la causa de esa desproporción hay que buscarla en otras razones; porque ciertamente es llamativa, por otra parte, la identidad casi matemática que se puede observar entre las partes restantes, por lo que hace relación tanto a las referencias directas como a las indirectas. Las causas, nos parece, hay que buscarlas en la misma desproporción que guarda la primera parte del Catecismo respecto a las otras. Y esto no va en detrimento del mismo Catecismo, sino muy al contrario: se ha pretendido intencionadamente primar los aspectos dogmáticos sobre los otros (sacramentarios, morales y ascéticos), que tienen su fuente en aquellos.

Quizás otra causa haya que buscarla también en los instrumentos de trabajo utilizados en la redacción misma del *Catecismo*. No hay más que leer en el *Índice de textos*, en las páginas finales del *Catecismo* dedicadas a los *Escritores eclesiásticos*, las ediciones que se mencionan para estos textos, y el lector se da cuenta rápidamente de la preeminencia de las *Patrologías* que han hecho célebre a J. P. Migne. Precisamente los índices de estas patrologías, tanto de los 161 volúmenes de la *Griega* como de los 222 correspondientes a la *Latina*, abundan más en terminología dogmática, como lo pedía la época y el fin en que vivió el famoso editor galo; otros aspectos, de Teología Sacramentaria, Moral y de Espiritualidad fueron tenidos en cuenta con otras dimensiones más calculadas⁵¹. Hubiera sido de desear la utilización de otras ediciones críticas más recientes y de mayor fiabilidad que las de Migne, que además facilitan unos índices temáticos mucho más completos.

El cuadro anteriormente descrito ya nos indica un aspecto cuantitativo importante del uso que el Catecismo hace de los Santos Padres. Sin embargo, el interés patrístico no queda todavía suficientemente manifestado; por ello es necesario volver nuestra atención a otras perspectivas. Por ejemplo, ¿qué autores son citados y cuáles silenciados? ¿En qué partes del *Catecismo* son tenidos en cuenta y cuáles de sus obras han sido consulta-

51. Al respecto, cfr. A. MANDOUZE — J. FOUILHERON (dirs.), *Migne et le renouveau des études patristiques. Actes du Colloque de Saint-Flour 7-8 juillet 1975*, Paris 1985. Precisamente en este punto podría hacerse una observación a los editores castellanos del Catecismo. En efecto, ¿por qué no se han traducido los textos patrísticos de los originales, aunque sea en la versión del Migne? Incluso, algunos de ellos podrían haberse tomado de las ediciones bilingües castellanas que, aunque escasas, algunas existen. Sin duda, la premiosidad en la publicación del *Catecismo* ha impedido este detalle.

das? Sin duda, estos y otros aspectos nos parecen dignos de ser destacados cuando se pretende demostrar la autoridad de los Santos Padres en la redacción del nuevo *Catecismo*. De todas formas, en un trabajo de las presentes características no se pueden abordar todos esos aspectos. Por ello nos conformamos con señalar sólomente los que pensamos son más interesantes para valorar el *Catecismo* desde el prisma que nos preocupa.

2. Los autores patrísticos en el *Catecismo*

En este apartado se pretende poner de relieve quiénes son los que, en palabras del *Catecismo*, testifican la *presencia viva* de la Tradición de la Iglesia⁵². En las dos divisiones siguientes trataremos de esclarecer algunos aspectos que nos parecen de mayor interés, teniendo en cuenta el uso que el *Catecismo* hace de los autores de la edad patrística.

a. Los autores citados directamente

La siguiente enumeración nos dará una primera visión de quiénes son los autores mayormente citados de forma directa en el *Catecismo*. Para una mejor comprobación hemos preferido indicar los números correspondientes del *Catecismo* en el que son citados los distintos autores⁵³ en las tres clases de textos en que aparecen. Ciertamente la importancia de las citas patrísticas en el *Catecismo* no deriva únicamente de la cantidad de veces que son aludidos, sino también y sobretodo por la importancia que ocupan en el contexto mismo del *Catecismo*; por eso señalamos también las partes del mismo en el que se encuentran las citas patrísticas. No es menos cierto que para estudiar a fondo las citas patrísticas tendríamos que detenernos no sólo en el contexto del *Catecismo*, sino también sería necesario considerar la parte del texto patrístico citado; así podríamos deducir de forma más completa si el *Catecismo* recoge o no la *mens* y las *verba et dicta* del Padre en cuestión. Estas últimas cuestiones, aunque interesantes, exceden los límites de nuestro trabajo. Así, pues, nos limitaremos a señalar los autores patrísticos citados y los lugares del *Catecismo* en que aparecen.

52. Cfr. *Catecismo*, n. 78.

53. La repetición de algunos números indica que hay más de un cita del mismo autor.

**PARTE I: LA PROFESIÓN DE FE**

Autor citado	Resumen	Texto normal	Puntualización
Agustín	45, 230, 264, 510	129, 158, 300, 329, 385, 769, 797, 845, 963, 996	30, 32, 102, 119, 311, 506, 556, 774, 795, 796, 981, 983 1039, 1064
Ambrosio		194, 845	197, 908, 983, 1025
Atanasio de Alejandría		460	
Basilio de Cesarea		336	163, 736
Benito de Nursia			347
Cesáreo de Arlés		232	
Cipriano	181, 810		1028
Cirilo de Alejandría			738
Cirilo de Jerusalén			186, 1050
Clemente de Alejandría			760, 813
Dámaso I		254	
Fausto de Riez		169	
Gregorio I Magno		94	795, 1031
Gregorio de Nisa			457, 625, 650, 690
Gregorio Nacianceno		256	537, 684, 980
Hilario de Poitiers			537
Hipólito de Roma		749	
Ignacio de Antioquía		830, 834	496, 498, 896, 1010, 1011
Ireneo de Lyon		173, 174, 174, 175, 190, 292, 292, 294, 438, 460, 704, 834, 1047	53, 494, 518, 518, 683, 797, 1000
Jerónimo		133	
Juan Crisóstomo		42	358, 469, 983, 1032
Juan Damasceno		393, 663	626
León I Magno		398, 473, 834	469, 786
Máximo el Confesor		412, 528	
Nicetas de Remesiana		946	
Orígenes	137	113	817
Pastor de Hermas		760	
Pedro Crisólogo			359
Policarpo de Esmirna			957
Romanos el Melódico			525
Teófilo de Antioquía			296
Tertuliano	228, 1015	852, 991	
TOTALES	9	49	61

PARTE II: LA CELEBRACIÓN DEL MISTERIO CRISTIANO

Agustín	1118, 1156, 1228, 1247, 1398	1157, 1371, 1372, 1396, 1458, 1584
Ambrosio	1375, 1383, 1383	1225, 1303, 1393, 1429
<i>Didaché</i>	1331, 1331, 1403	
Atanasio de Alejandría	1169	
Cirilo de Alejandría	1381	
Cirilo de Jerusalén		1371
Clemente de Roma		1432
Fulgencio de Ruspe		1394
Gregorio Nacianceno	1589, 1589, 1589	1216
Hipólito de Roma		1165, 1586
Ignacio de Antioquía	1331, 1405, 1549	1369, 1554
Ireneo de Lyon	1274, 1327, 1350	
Jerónimo		1166, 1456
Juan Crisóstomo	1137, 1375, 1386, 1551	1397, 1620
Juan Damasceno	1162	1106, 1159
Justino Mártir	1216, 1345, 1345	1351, 1355
Próspero de Aquitania	1124	
Simeón de Tesalónica		1690
Tertuliano	1446	1642
TOTALES	0	28

**PARTE III: LA VIDA EN CRISTO**

Agustín	1871	1766, 1847, 1849, 1850, 1994, 2001, 2009, 2099, 2304, 2340, 2482, 2547	1718, 1718, 1720, 1779, 1809, 1829, 1863, 1955, 1958, 1962, 1966, 2001, 2002, 2005s., 2067, 2149, 2185, 2518, 2520, 2539, 2550
Ambrosio			2349
Anónimo			2178
Atanasio de Alejandría			1988
Basilio de Cesarea		2132	1828, 2384
Clemente de Roma			1900
<i>Didaché</i>		1696	2271
<i>Ep. a Diogneto</i>			2240, 2271
Gregorio de Nisa	2028	2548	1803, 2015, 2546
Gregorio I Magno			2446, 2539
Ignacio de Antioquía		2473	2175, 2474
Ireneo de Lyon		1964	1722, 1730, 2063, 2070
Juan Crisóstomo		2446	2179, 2365, 2538, 2540
Justino Mártir			2085, 2174
León I Magno		1691	
Orígenes		2114	2061
Pastor de Hermas			2517
Policarpo de Esmirna			2474
Ps.-Bernabé			1905
Tertuliano			1951
TOTALES	2	20	52

PARTE IV: LA ORACIÓN CRISTIANA

Agustín	2628	2616, 2737, 2785, 2794, 2827, 2837
Ambrosio	2653	2589, 2783, 2836, 2852
Basilio de Cesarea		2684
Benito de Nursia	2834	
Cipriano		2782, 2784, 2813, 2816, 2830, 2845
Cirilo de Jerusalén	2856	2782, 2794, 2819
<i>Didaché</i>	2767	2760
<i>Ep. a Diogneto</i>		2796
Evagrio Pónico	2742	2737
Gregorio de Nisa		2784
Gregorio Nacianceno	2565, 2697	2670
Ignacio de Antioquía	2837	
Isaac de Nínive	2717	
Juan Casiano		2785
Juan Crisóstomo	2700	2743, 2744, 2768 2784, 2825
Juan Damasceno	2590	2559
Orígenes		2745, 2825, 2847
Pedro Crisólogo		2777, 2814, 2837
Tertuliano	2774	2761, 2761 2779, 2814, 2817
TOTALES	2	14
		40

En primer lugar, destacamos los autores que son citados en la parte del Catecismo destinada a los resúmenes: S. Agustín, S. Cipriano, S. Gregorio de Nisa, S. Juan Damasceno, Orígenes y Tertuliano. Desde esta perspectiva quisiéramos resaltar dos aspectos: primeramente, los autores citados corresponden al amplio abanico cronológico que hemos estudiado, desde Tertuliano hasta S. Juan Damasceno que son los extremos primero y último respectivamente. Y en segundo término, son dignos de destacar los nombres de Tertuliano y Orígenes, quienes aparecen juntamente citados con otros Padres y Doctores de la Iglesia. En este aspecto, los redactores

del *Catecismo* del Vaticano II han tenido una amplitud de miras mayor que la de sus antecesores del Catecismo de Trento, que no citaron a estos escritores antiguos por temor a la dudosa ortodoxia de algunos de sus escritos⁵⁴. En la ocasión presente se ha sabido discernir convenientemente, no confundiendo determinados errores con aspectos positivos de un mismo autor. No obstante, el nuevo Catecismo cita más ampliamente, como era de esperar, aquellos autores que tradicionalmente han sido reconocidos con mayor autoridad doctrinal, como son Agustín, Cipriano o Gregorio de Nisa.

La lista de autores de la edad patrística crece considerablemente si nos fijamos en el texto normal del *Catecismo*. También en este apartado se llevan la primacía Agustín, Ambrosio, Cipriano, Ireneo de Lyon, Juan Crisóstomo, etc. En decir, son citados todos aquellos autores a los que tradicionalmente se les ha reconocido como *auctoritas* en determinados aspectos doctrinales. Pero también son aludidos aquellos otros que, desde un determinado aspecto doctrinal, merecen ser destacados. Es el caso, por ejemplo, del escrito de la Didaché en relación con el sacramento de la Eucaristía, o el de Máximo el Confesor respecto al primer pecado del hombre.

Son relativamente escasos los autores citados en la letra pequeña del *Catecismo* (la dedicada a distintas puntualizaciones), que no se citen en el texto normal. Se puede decir, en términos generales, que los mismos autores aparecen en ambos textos del *Catecismo*; porque, aunque aparecen más citas en las puntualizaciones que en el texto normal, sin embargo se trata de citas de escritos de casi los mismos autores. No podría ser de otra manera, pues esta parte del texto del Catecismo está destinada a aclarar o explicitar algún aspecto doctrinal ya tratado o apuntado, y en este sentido las referencias patrísticas vienen a convertirse en fuente y aval de reflexiones doctrinales. Por esta razón la pluralidad de lugares citados es mayor.

Finalmente, se puede observar otra característica en las citas directas y es la que se refiere a la procedencia geográfica de los autores citados en el *Catecismo*. Pues bien, al respecto hay que decir que los Padres Orientales ocupan la misma proporción que los Occidentales. Esta indicación es interesante sobre todo si se tiene en cuenta que el Catecismo Romano dió una

54. En efecto, ni Tertuliano ni Orígenes fueron citados explícitamente por los redactores del Catecismo Romano, como consta por los dictámenes que se conocen y que han sido publicados: P. RODRÍGUEZ (dir.), *o. c.*, nn. 273 (p. 1111), 284 (p. 1112), 499 (p. 1127), etc.

cierta preferencia a los escritores patrísticos de Occidente. También desde este punto de vista, el *Catecismo* es realmente *de la Iglesia Católica*; es decir, universal⁵⁵.

b. Citas indirectas de autores patrísticos

Con anterioridad hemos señalado algunas consideraciones respecto a la diversidad cuantitativa que existe entre las citaciones directas y las indirectas⁵⁶. Ciertamente ello supone una cierta metodología en la redacción del *Catecismo*. En efecto, no se acude a los textos de los Santos Padres tan sólo para confirmar una doctrina previa. Las citas indirectas entrañan también otras características. El siguiente esquema nos ayudará a comprender mejor cuáles son esas características.

PARTE I: LA PROFESIÓN DE FE

Autor citado	Resumen	Texto normal	Puntualizacion
Agustín		311, 338	8, 281, 406, 695
Ambrosio		191, 766	8
Anastasio II Papa			650
Arístides		760	
Cirilo de Alejandría		466	
Cirilo de Jerusalén			8
Clemente de Roma		861, 861	
Dámaso I		471	
Epifanio		760	
Eteria			281
Gregorio I Magno		473	
Hormisdas			650
Ireneo de Lyon			53, 53, 53, 518
Juan Crisóstomo			8

55. El lector podrá percibir con mayor claridad este aspecto si se detiene en la consideración de las abundantes citas de los diversos ritos orientales sembradas en cada página del *Catecismo*. Nosotros hemos excluido deliberadamente este aspecto de nuestro trabajo.

56. No debe confundirse la cita indirecta con la implícita. En concreto nos referimos aquellas citas patrísticas explícitamente referidas en el *Catecismo* mediante el cfr.



Justino Mártir		760	498
León I Magno	568	299, 424, 424, 424, 424, 499, 499	247
Orígenes			498, 498
Pedro Canisio			9
Vigilio		233	
TOTALES	1	20	19

PARTE II: LA CELEBRACIÓN DEL MISTERIO CRISTIANO

Cipriano			1290
Clemente de Roma		1577, 1577	
<i>Didaché</i>		1331, 1331	
Hipólito de Roma		1301, 1569	1291
Ignacio de Antioquía	1593	1549	
Inocencio I		1510	
Nicolás I		1256	
Policarpo de Esmirna		1570	
TOTALES	1	10	2

PARTE III: LA VIDA EN CRISTO

Agustín		1766	2065, 2066
<i>Ep. a Diogneto</i>			2271
Gregorio I Magno		1866	
Juan Casiano		1866	
Ps.-Bernabé			2271
Tertuliano			2271
TOTALES	0	3	5

PARTE IV: LA ORACIÓN CRISTIANA

Agustín		2559, 2560	
Benito de Nursia		2834	
Efrén			2678
Gregorio de Narek			2678
TOTALES	0	3	2

También en este apartado el *Catecismo* da una imagen de amplitud de miras respecto a los autores citados y a su procedencia. Extraña un tanto que no aparezca citado Agustín en la parte que versa sobre «la celebración del misterio cristiano», sobre todo si se tiene en cuenta que es el autor patrístico que más profundizó en el tratado clásico *de gratia*, además de tener escritos preciosos y precisos sobre los sacramentos. Sin duda, esta ausencia queda paliada por la profusión de citas directas agustinianas, como se puede observar en el apartado anterior de este trabajo.

En esta digresión de las citas indirectas no extraña, sin embargo, que tan sólo se aluda en dos ocasiones a otros tantos autores patrísticos, atendiendo al texto del *Catecismo* destinado a los resúmenes. En efecto, carece de importancia si tenemos en cuenta que en esta parte del texto del *Catecismo* se intenta simplificar, señalar y resumir lo más importante. Más bien llama la atención lo contrario, es decir, que los redactores del *Catecismo* hayan indicado dos citas indirectas en esta clase de texto.

En lo referente a las citas indirectas que aparecen en el texto normal del *Catecismo* se puede observar que son algo más abundantes que las que aparecen en las puntualizaciones, al contrario de lo que sucede en las directas. Además, y con relación también estas últimas, se nota una mayor preocupación por la ortodoxia de los autores elegidos. Así, se citan varios Papas de la época que estudiamos y el resto de autores son de probada autoridad doctrinal. Por el contrario, no hay en esta clase de texto referencias indirectas ni a Tertuliano ni a Orígenes, por ejemplo, como se veía anteriormente

Estos últimos autores sí son citados en la parte del texto destinado a las puntualizaciones: dos veces, en el mismo número del *Catecismo*, en el caso de Orígenes para aducir una referencia histórico-testimonial, y tan sólo una vez el escritor africano para refrendar, junto con otros testigos, la malicia moral de todo aborto provocado. Todo ello induce a pensar que el *Catecismo* ha preferido una selección de autores con reconocida *autoritas* universal, para esta clase de citas patrísticas. De todas formas hay que decir que la representación seleccionada es buena y suficientemente amplia.

III. CONCLUSIÓN

La primera y más general de las conclusiones que se pueden sacar de una lectura *patrística* del *Catecismo de la Iglesia Católica* es precisamente la gran importancia que se da al *sentire cum Patribus*. En efecto, la terminología utilizada para significar esa realidad es amplísima a lo largo de los casi

tres mil números que comprenden el *Catecismo*. Las limitaciones inherentes a este trabajo nuestro nos han impedido una profundización al respecto. Ello nos ha obligado, por otra parte, a fijarnos únicamente en los autores del primer milenio de la historia de la Iglesia que son citados por el *Catecismo*.

Los Santos Padres constituyen una de las principales fuentes del *Catecismo*, juntamente con la Sagrada Escritura, la Liturgia y el Magisterio de la Iglesia. Con ello, el *Catecismo* pretende enseñar que los Santos Padres no son un importante eslabón en la corriente doctrinal de la Iglesia, sino que constituyen una verdadera fuente; no son sólo vehículos transmisores de determinadas verdades religiosas, sino que constituyen una verdadera *auctoritas* en el *corpus* teológico. La ciencia patrística goza, pues, de una autonomía característica que la diferencia de otros saberes teológicos. Desde esta perspectiva, el *Catecismo* no hace más que recordar lo que otros documentos magisteriales de la Iglesia han recomendado últimamente: el interés teológico por los Santos Padres.

En expresión del *Catecismo*, los Santos Padres «atestiguan» la presencia viva de la Tradición de la Iglesia, porque además de transmitir fielmente los contenidos de la revelación divina, en virtud de su cercanía a la edad apostólica, entregan a la Iglesia su propio ejemplo de cómo creer. Por eso, los Santos Padres son presentados en el *Catecismo* no tan sólo como creadores de nuevas formulaciones doctrinales en perfecta sintonía con la Revelación, sino que también son ofrecidos como ejemplo de método o camino para el encuentro personal del hombre con Dios. Este aspecto hace que los Santos Padres sean vistos más como difusores que como guardianes de formulaciones teológicas o costumbres eclesiales.

Si nos fijamos en el uso que el *Catecismo* hace de los Santos Padres se pueden hacer dos claras distinciones: las referencias patrísticas directas y las indirectas. Estas dos distinciones se hayan atravesadas por las tres clases de redacción textual en que se puede dividir el *Catecismo*: es decir, los pasajes con letra cursiva, destinado a los resúmenes; el texto normal del *Catecismo*, con letra redonda; y, finalmente, los lugares de las puntualizaciones, con letra más pequeña. Sin duda, cada una de esas distinciones y divisiones revisten intereses variados, que, tal como los hemos expuesto, van en una escala axiológica descendente.

El mero dato estadístico señala la abundancia de referencias, directas o indirectas, que el *Catecismo* hace de los Padres de la Iglesia. Como aspecto comparativo, el nuevo *Catecismo* supera en este punto a su predecesor el *Catecismo* del Concilio de Trento, e incluso a los mismos documentos

conciliares del Vaticano II. Y esto, no sólo por lo que se refiere al número global de citas a textos patrísticos, sino también desde el punto de vista más particular de los autores citados.

Respecto a las citas directas en relación con las indirectas, las primeras cuadruplican a las últimas. El dato estadístico encierra también el interés teológico que el *Catecismo* desea poner de relieve: los Padres de la Iglesia no son simple testimonio de la doctrina de la Iglesia, sino verdadera *fuentes* doctrinal para la misma Iglesia. Es lo mismo que indicábamos anteriormente: los Santos Padres no son meros transmisores de la Revelación divina, sino que la reflexionan y viven de una forma característica. En este sentido hay que señalar que son muy escasas las referencias *in genere* que el *Catecismo* hace a un determinado autor de la edad patrística.

Por último, en lo que se refiere a las diversas modalidades de la redacción textual del *Catecismo*, llama positivamente la atención que aparezcan citados varios autores patrísticos en los lugares destinados a los resúmenes. Pensamos que con ello el *Catecismo* no hace sino refrendar la importancia que encierran los Santos Padres en la catequesis de la Iglesia. Y en esta misma línea, puesto que de un catecismo se trata, uno puede preguntarse: ¿Pretenderá el *Catecismo* que se memorice también el nombre de algún Padre de la Iglesia al igual que hemos hecho en nuestra infancia con determinados personajes bíblicos? La respuesta parece afirmativa si se tiene en cuenta que «estos resúmenes tienen como finalidad ofrecer sugerencias para fórmulas sintéticas y memorizables en la catequesis de cada lugar»⁵⁷. Desde la perspectiva patrística tampoco la respuesta ofrece dudas si se tiene en cuenta el significado teológico que encierra el término «padre».

Marcelo Merino
Facultad de Teología
Universidad de Navarra
PAMPLONA

57. *Catecismo*, n. 22.